

ción e inmolación–; y partió y distribuyó a los Apóstoles el Pan de la vida eterna, presentándoles luego el Cáliz de salvación –esta fue la **comunión**–. Luego, por las palabras «*Haced esto en memoria mía*» (Lc. 22 19), transmitió su misma potestad, y fundó y estableció el orden del nuevo Sacerdocio. Finalmente, después de tantas maravillas y beneficios, entonó Jesucristo el himno de acción de gracias, tal como ha quedado consignado en el Sermón de la Cena.

¡Admirable providencia de nuestro Dios, que ha querido, para sostener la fe de sus hijos deslumbrados con los prodigios de su amor, que el sacrificio del Cenáculo bajo las especies de pan y vino precediese a la oblación sangrienta de la cruz, así como el sacrificio de la Misa debía proseguir y perpetuar la inmolación del Calvario, en señal de que tanto antes como después se trataba siempre del mismo y único sacrificio, instituido en el Cenáculo, consumado en el Calvario y continuado en nuestros altares!

Algunas horas después de esta divina institución comenzó la oblación de la cruz, en la que todo fue sensible y patente: la elección de la Víctima, su ofrenda a Dios por manos del Sacerdote eterno, y su inmolación sangrienta. Aquí se hallaron reunidos el holocausto de adoración, la hostia de los sacrificios pacíficos y la expiación por el pecado; aquí se vio la verdad de las figuras antiguas: el gorrion muerto para liberar al otro teñido en su sangre; el macho cabrío emisario lanzado fuera de Jerusalén con las prevaricaciones de todo el pueblo; la sangre de la hostia llevada hasta el cielo, verdadero Santo de los Santos que no ha sido hecho por mano de los hombres; y en lugar de las víctimas legales, que solo podían significar la salvación sin darla nunca, tenemos en la cruz la oblación única de un Dios «*que consume para siempre la santificación de los hombres*» (Heb. 10 14).

Así pues, debemos concluir con el Apóstol, que ya no es necesario que Jesucristo reitere su sacrificio sangriento para la remisión de los pecados, como se reiteraban los sacrificios de la ley mosaica, sino que, según la doctrina del Concilio de Trento, basta que los actos repetidos de esta sola oblación, continuada en la Misa, apliquen sus méritos a cada fiel en particular:

«Aunque Nuestro Señor debiera ofrecerse una sola vez a su Padre, uniéndose en el altar de la cruz para obrar la redención eterna, quiso dejar a su Iglesia un sacrificio visible, como lo requería la naturaleza de los hombres, por el cual se aplicase de edad en edad, para la remisión de los pecados, la virtud de este sangriento sacrificio que debía cumplirse una vez en la cruz» (sesión XXII).

El sacrificio de la Misa se instituyó, pues, para aplicarnos el precio de la sangre derramada en la cruz, para hacer provechosa para cada uno de nosotros la oblación única de Jesucristo, y para comunicarnos por su virtud el mérito general y sobreabundante de la fe y de la penitencia que conducen a los sacramentos en los que se perfecciona la justificación que la gracia del altar ha iniciado.

El sacrificio en el culto mosaico, y el sacrificio instituido por Cristo

*Entresacado del libro **La Santa Misa**,
de autor anónimo (siglo XIX),
INSTRUCCIONES PRELIMINARES, capítulo 3
(los títulos son nuestros)*

Quando el pueblo judío sacudió el yugo de Egipto y marchó por el desierto a la conquista de la tierra de Canaán, prometida a la posteridad de Abraham, recibió orden de inmolar un cordero por familia, de comerlo observando varias ceremonias misteriosas, de señalar sus casas con la sangre del cordero pascual, y de renovar de edad en edad esta inmolación solemne; rito que debía durar hasta la última pascua en que Jesucristo cenó con sus discípulos, y en la que lo reemplazó por el verdadero Cordero pascual, es decir su cuerpo y su sangre, cuya aplicación por nuestras almas nos preserva del ángel exterminador, nos libra de la esclavitud del pecado y nos hace obtener el cielo, verdadera tierra prometida a los hijos de Dios.

1º El sacrificio en la Ley mosaica.

Desde este sacrificio general de toda la nación comienza el ejercicio del sacerdocio en la tribu de Leví. Cuando el Señor eligió como pueblo suyo a los hijos de Israel y los separó de las naciones idólatras para conservar por ellos su alianza y sus promesas, estableció a través de Moisés el culto que debía dársele, y arregló todo lo referente al sacerdocio, al tabernáculo y a los ritos de los sacrificios, mandando que se multiplicasen las víctimas, a causa de su imperfección, para cumplir en cuanto fuese posible los fines del sacrificio, y para representar los méritos sobreabundantes de la Hostia única que debía reemplazarlas

*En esta gran variedad de sacrificios de la ley mosaica, los sacrificios CRUENTOS –con derramamiento de sangre– eran: 1º **el holocausto**, en el que la víctima se consumía enteramente por el fuego, reconociéndose así el soberano dominio de Dios, y rindiéndole el culto de latria o de adoración y dependencia; 2º **las hostias pacíficas**, que eran eucarísticas o impetratorias, por rendirse a Dios con ellas acción de gracias por la vida, la salud, la paz, y toda suerte de bienes y perfecciones, o implorarle nuevos beneficios; 3º **el sacrificio por el pecado**, instituido para la expiación de las faltas y obtener su perdón.*

Los sacrificios INCRUENTOS –sin derramamiento de sangre– eran: 1º **la ofrenda de flor de harina** mezclada con aceite e incienso que se quemaba en el altar de los holocaustos; 2º **el sacrificio del macho cabrío emisario**: en el día de la expiación solemne presentaba el pueblo dos machos cabríos, uno de los cuales se degollaba ante el Señor y el otro se le ofrecía vivo: el gran sacerdote imponía ambas manos en la cabeza de la víctima, confesaba las iniquidades de la nación, cargaba con ellas al animal inmundo y le hacía en seguida arrojar al desierto; 3º **el sacrificio del gorrion** puesto en libertad: para purificar una casa infestada de la lepra se tomaban entre otras ceremonias dos gorriones o dos aves puras; inmolábase el uno en un vaso lleno de agua viva, en el cual se vertía su sangre, y el segundo era sumergido hasta la cabeza en el agua mezclada con sangre, con un hacedillo de cedro, hisopo y escarlata, y, después de hacer aspersiones con esta agua, se soltaba al gorrion o ave pura libremente.

Fácil es comprender que todos estos sacrificios y ceremonias de la ley mosaica eran sólo figuras y tipos del sacrificio de Jesucristo, y de los frutos que debía procurar a los hombres para su salvación. En sí mismas eran muy imperfectas, y todo su mérito se fundaba en el acatamiento al Dios que las había prescrito, en la fe de los que las ofrecían y en sus disposiciones interiores, y sobre todo en la esperanza de la Hostia mejor que «borra los pecados del mundo» (Jn. 1 29). El Señor sostenía esta fe y esta esperanza del sacrificio futuro de su hijo por medio de figuras fuertes y expresivas, como las del sacrificio de Isaac, de Melquisedec, del cordero pascual, del macho cabrío emisario y del ave pura cuya sangre daba libertad a la otra; por la serie de profetas que anunciaban de siglo en siglo a la gran Víctima, y que clamaban contra la impotencia de las hostias representativas.

Nuestros sacerdotes, decía David, son según el orden de Aarón; sucédense y reemplázanse cuando los arrebatara la muerte; pero vendrá otro pontífice que es mi Señor, a quien ha dicho Dios: «Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec» (Sal. 109 4). Escucha Israel y comprende lo que dice este celeste Pontífice: «Los holocaustos, aunque mandados por vos, Señor, no os son agradables, pero vos me habéis dado un cuerpo que poder ofreceros; y Yo he dicho; vedme aquí. A la cabeza, y como objeto principal del libro de vuestra ley, se ha escrito de Mí que Yo solo puedo cumplir vuestra voluntad y satisfacerla completamente» (Sal. 39 7-9). Así, «la gloria del segundo templo borrará el esplendor del que edificó Salomón» (Ageo 2 10), porque Yo apareceré en él para comenzar mi sacrificio. En fin, «Yo ya no recibiré más víctimas de vuestras manos; mi nombre no solo será conocido en Judea, sino que será grande entre todos los pueblos de la tierra, porque desde el ocaso hasta la aurora, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece en mi nombre una oblación pura» (Mal. 1 11).

2º El sacrificio de la Nueva Ley, instituido y ofrecido por Jesucristo.

Después de cuatro mil años de promesas, figuras y profecías, en la plenitud de los tiempos, es decir, cumplida ya la preparación fijada por Dios para obrar la salvación de los hombres, oyó la tierra esta dichosa palabra: «He aquí el cordero de Dios que borra los pecados del mundo» (Jn. 1 29).

Puede decirse que el sacrificio de la Nueva Ley comenzó desde el primer instante de la Encarnación, en el que, según San Pablo (Heb. 10 5-7), Jesucristo, entrando en el mundo, pronunció las palabras del Salmo 39, diciendo a su Padre:

«Los holocaustos no te han sido agradables, pero has unido a mi naturaleza divina un cuerpo en el cual puedo padecer e inmolarme a tu santa voluntad que pide una tal víctima; y Yo he dicho: He aquí que vengo a cumplir tu voluntad, que no sólo está escrita al frente del libro de tu alianza, sino que desde este momento queda grabada en mi corazón».

En su nacimiento, el anonadamiento a que se reduce el Hombre-Dios, las privaciones que se impone y las lágrimas que derrama son los preludios de su sacrificio. Y si bien el establo de Belén hubiera podido servir de templo, el pesebre de altar, y las lágrimas de este Dios Niño hubieran sido suficiente oblación para salvar al universo, no bastaban a la caridad y misericordia de nuestro Dios. Ocho días después de este venturoso nacimiento recibe Jesucristo el nombre de Salvador, y derramando las primeras gotas de su sangre, se obliga por estas sagradas primicias a derramarla abundantemente en el altar de la Cruz. Vedle luego conducido al templo en los brazos de María; allí renueva el solemne empeño de morir por la salvación del mundo. He aquí el **ofertorio** del sacrificio cuya **inmolación** ha de hacerse en el Calvario, y **su participación** en el Cenáculo y en la Misa.

Toda la vida del Salvador, ya se considere en la oscuridad de Nazaret, ya en el esplendor de su ministerio, ha sido una consecuencia de esta oblación; su corazón suspiraba sin cesar por su inmolación como víctima, y se sentía oprimido hasta que se cumpliese el bautismo de dolor y de sangre en que debía ser sumergido; sus deseos invocaban ardientemente el fuego sagrado que había de caer sobre la tierra para consumir el holocausto y abrasar las almas que se unieran a su sacrificio; y al llegar la hora tan ansiada de pasar de este mundo a su Padre celestial, Jesucristo parece respirar y declara a sus apóstoles que «ardientemente ha deseado comer esta Pascua con ellos, antes de la pasión» (Lc. 22 15), porque aquella Pascua debía ser la última de Israel según la carne, y porque el verdadero Cordero pascual iba a reemplazarla en favor de los verdaderos hijos de Abraham.

Llegó, pues, por fin ese día por siempre bendito, en que Jesucristo nos amó hasta el fin y hasta el exceso, entregándose por nosotros. La noche que precedió a este memorable día, hallándose a la mesa con sus discípulos, observó completamente la cena legal mandada por Moisés, y después de cumplir todo lo concerniente a la Antigua Alianza, el Señor se levantó para instituir el sacrificio de la Nueva Ley. El lavatorio de pies fue su preparación próxima; las palabras de Jesucristo, llenas de ternura y de efusión, fueron la instrucción que le precedía. Jesucristo tomó entonces el pan y el vino en sus santas y venerables manos, los bendijo y rindió gracias al Padre –este fue el **ofertorio**–; los labios de Aquel mismo que creó el cielo y la tierra prorrumpieron en aquellas palabras: «*Esto es mi cuerpo*», mi cuerpo entregado por vosotros, «*esta es mi sangre*», la sangre de la Nueva Alianza vertida para la remisión de los pecados –esta fue la **consagra-**